

de oscilar á derecha é izquierda la cabeza de la muerta quedaba al fin inmóvil sobre el pecho lacerado de su verdugo.

Villequier había muerto; su víctima lo había matado. Verbena de Nattier estaba vengada.

Vencido por la emoción, Francisco de Balzac buscó un refugio en el seno de María Tuchet, dispuesta á sostenerle y consolarle.

V

EL SECRETO DEL SILENCIO

En un decreto de Luis XI se ordena textualmente lo que sigue, refiriéndose á los acusados sometidos á interrogatorio: « En caso de que no persevere en su confesión después de su gehena, ningún reo podrá ser condenado. »

Esto equivale á confesar la inútil barbarie de la tortura, y á dar tiempo al acusado de reponerse y tranquilizarse. Tal medida, dictada por el sentido común, no era sin embargo más que una mera fórmula, puesto que los jueces, ignorantes ó indiferentes, y deseosos siempre de acabar cuanto antes, no concedían jamás al paciente las necesarias horas de reposo que le hubieran sido indispensables para tranquilizarse y retractar las falsas confesiones arrancadas por medios bárbaros y violentos.

Durante toda la edad media, y hasta la época de Luis XVI que abolió la tortura, dispusieron las cortes

de justicia de material escogido y numeroso y de procedimientos más ó menos especiales para obligar á las gentes á confesar no solo los delitos de que pudieran ser culpables, si que también los crímenes que no pensaron en cometer y de los que se les acusaba falsamente.

La cámara del tormento situada en el piso bajo del gran Chatelet era, por lo que respecta á la especialidad de los instrumentos de martirio y al número y variedad de los mismos, una de las mejor provistas de Francia.

No hemos de enumerar aquí, por ser de todos conocidos, los variadísimos procedimientos de que se valían los inquisidores para hacer sufrir hasta la locura á los infelices que, inocentes ó culpables, tenían la desgracia de caer entre las garras de tales gentes, sin compasión ni humanidad, desprovistas al parecer de todo generoso sentimiento, huérfanas sin duda alguna de toda idea de justicia.

Sed de Sangre, mejor dicho, el hombre detenido en el muelle del Heno por creérsele el famoso bandido, pues como tal habíalo señalado el primer gentilhombre de la cámara del rey, había podido evitar el tormento *preparatorio* por ser ya tarde cuando ingresó en la prisión; en cambio, y como compensación sin duda, estábale reservado un refinamiento de crueldad que, con él empleado, tenía por objeto hacerle confesar lo que al pobre hombre le era de todo punto imposible decir.

Al mismo tiempo que en el calabozo ocupado por Neré tenía lugar la atroz escena de que hablamos en uno de los capítulos anteriores, el señor de Estoute-

ville, de cuyos ojos había huido el sueño, paseábase agitado por su habitación, reflexionando acerca de lo que con su prisionero Neré ó Sed de Sangre, según él, se refería. Sus espías habíánle informado de que la noticia de la prisión del bandido hubo de provocar gran indignación y motivar gritos de odio en la Corte de los milagros. Dijéronle asimismo que los barrios de París presentaban tristísimo aspecto á causa del cierre de las tiendas; que el fermento de la discordia crecía cada vez más, tomaba cuerpo, y amenazaba con la revuelta; y que las órdenes draconianas últimamente promulgadas habíán causado en todos los medios sociales un efecto deplorable.

Todo esto preocupaba en gran manera al gran Prevoste, quien llegó á preguntarse si su particular interés y hasta su personal seguridad no le aconsejaban como medida de prudencia abandonar el partido del soberano para sumarse al de los Guisas. ¿Qué hacer para conservar el cargo, que él amaba como pueda amar un avaro su tesoro? He ahí lo que el Prevoste de París preguntábase á sí mismo mientras paseaba agitado esperando la hora de interrogar, con ayuda de los atormentadores, al famoso bandido.

No quiere esto decir que el señor de Estouteville fuese cruel, no; sufría al contrario del sufrimiento de los demás. Lo que hay es que habiéndose acostumbrado á disfrutar de un poder casi absoluto, no podía resignarse á perder tan envidiables prerrogativas. Y si para conservarlas era preciso contentar á los partidarios de la tortura, ¿qué iba á hacer él?

El Prevoste, como funcionario, no corría peligro alguno. Su inquietud motivábala el hecho de que el curso de los acontecimientos parecía haber cambiado en el espacio de veinticuatro horas. Antes, es decir, en circunstancias normales, veíase sostenido y guiado por los consejos que indirectamente recibía de Catalina de Médicis, gracias á los cuales érale posible dictar órdenes con la seguridad absoluta de que no había de verse desautorizado. Y he aquí que de pronto, amilanada la italiana como consecuencia de su última visita al Luvre, habíase encerrado en sus habitaciones llamando en vano á su astrólogo Abou Nadarah quien desaparecido no acudía naturalmente á su llamamiento, y negándose á recibir á Gaspar Mouvette, el polizante que servía de intermediario entre la augusta dama y el Prevostazgo.

Como por una especie de fatal coincidencia, el señor Estouteville veíase privado del apoyo moral ó dirección disimulada de la reina madre en el preciso momento en que las pasiones de todos, caldeadas por modo extraordinario, amenazaban con un estallido social y aun tal vez con un golpe de estado. ¿Cómo, en tales circunstancias, no había de angustiarse el digno magistrado, y cómo extrañarse de que en su explicable turbación fuese materia dispuesta á sufrir sin protesta cualquier influencia superior?

Precisamente su especial estado de ánimo explica que hubiese aceptado á cierra ojos la audaz substitución de persona operada por el duque Rolando, es decir, por el mismo hombre á quien él tenía orden de

detener; como también el que, seguro de haberse apoderado de Sed de Sangre, autorizase al denunciador para enviar al preso un monje, con misión de arrancarle, en lo posible, sus secretos.

Y como Rolando hubo de informarle de la completa indiferencia con que el preso había acogido la visita del mensajero de paz, así como de su resolución, por lo visto inquebrantable, de guardar silencio, el gran Prevoste habíase decidido á convocar con urgencia el tribunal de lo criminal.

Sentía verdadera comezón de obligar al simulador á descubrirse. Para él, el preso era un simulador. Estaba convencido de que Sed de Sangre, privado del uso de la palabra, no hubiera podido ser el feroz criminal cuyos altos hechos le eran de sobra conocidos.

También ansiaba obligarle á denunciar á sus cómplices, á confesar sus crímenes decidido como se hallaba á supliciar al reo inmediatamente después de su confesión, con objeto de aterrorizar al pueblo de París, intimidando al mismo tiempo á los autores de intrigas y de revueltas. Un acto de energía de su parte, no podía dejar de serle provechoso; facilitaríale cierta libertad de acción, y sería sin duda grato al rey, sin desagradar á los príncipes.

El único punto negro, la incógnita difícil de despejar era esta: ¿cómo aceptaría la italiana la noticia de una ejecución sumaria que ella no había aconsejado? Porque la reina madre contaba con hechuras suyas en todas las clases sociales; lo mismo entre la más rancia nobleza que entre la hez del populacho. ¿No podía ser

el bandido Sed de Sangre uno de los puntales secretos de la oculta cohorte?

Sonaban las diez en la torre cuadrada de la Cité cuando el llavero introdujo al preso en la cámara del tormento.

Del otro lado de una mesa puesta sobre un estrado habían tomado asiento el gran Prevoste y el procurador, acompañados de los jueces, asesores y tenientes de lo criminal. Detrás de ellos, en pie y apoyados en los respaldos de las butacas, veíase á algunos espectadores notables, entre los que se hallaba el rey de los refinados, quien tenía á sus lados al marqués de O y á Chicot. Por último, en el extremo de la mesa y casi oculto en una butaca cerrada — favor especialísimo — adivinábase más que se veía el perfil perdido de Mammoth el rojo, mago del rey.

En la sala, algunos hombres de robusto torso y brazos desnudos, ordenaban hornillos é instrumentos, obedientes á las órdenes del atormentador en jefe, del mismo á quien Pielnegra esperó suplantar. Otro mozo, de gran corpulencia, con el espanto reflejado en el rostro, contemplaba ocioso el trabajo de los ayudantes, y tenía miradas de terror para los aparatos de tortura.

— ¡Ventre de pulga! — murmuraba de vez en cuando aproximando sus labios al inmenso pabellón auricular de un cuadrúpedo de especie bastarda. — ¿Qué diría el señor caballero, amigo rucio, si nos viera detenidos en esta gehena de infamia?

Realmente la sorpresa de Bernardo de Arma hubiera sido grande, de encontrar en tal sitio á su escudero-tesorero y á su mulo; pero, de pasar así las cosas, no hubiese tardado en convencerse de que el rucio no tenía la culpa de aquella nueva contrariedad. Lo sucedido era que habiendo separado la casualidad durante un momento á Cortomontel de Matraca, este último viose solicitado por un desconocido para que le alquilase su mulo, á lo que accedió el hombre, alquilando además sus personales servicios mediante un ligero suplemento. Claro es que no lo hubiera hecho, de saber que el alquilador era un verdugo del Chatelet; pero su mercantilismo no pudo prever esta contingencia, y solo se arrepintió Matraca del trato hecho cuando ya no era tiempo de volverse atrás.

Cuando el preso, á quien seguiremos llamando Sed de Sangre pues que así lo creían los allí presentes, penetró en la sala, la primera persona á quien vió fué á su hermano Rolando, y hacia él tendió sus puños envueltos en trapos sucios, mientras que de su garganta escapábase ahogado algo que quería ser un grito y que no era en realidad más que un gruñido.

— Atormentador, — dijo el gran Prevoste — encargos del criminal; y vos, señor escribano, disponeos á tomar acta de sus declaraciones.

— ¡Un momento! — exclamó entonces el primer gentilhombre de la cámara del rey, inclinándose entre el procurador y el presidente; — desearía que ante todo se haga constar algo que me interesa en grado sumo.

— ¿Qué es ello? — preguntaron simultáneamente Estouteville y Bussy-Leclerc.

— Se ha dicho más de una vez que Sed de Sangre y yo éramos una sola y misma persona; — aclaró Rolando. — Por lo visto un bandido puede tener cara de cortesano. Pero como esa confusión es para mí deplorable, deseo que se haga constar que pudo motivarla el gran parecido que desgraciadamente existe entre ese hombre y yo, y que esta declaración del tribunal conste en acta.

El gran Prevoste accedió á lo que se le pedía.

— ¡Acercad las antorchas! — dijo Bussy Leclerc.

Obedecida la orden, todos los allí presentes examinaron bien el rostro del preso, y volviéronse luego para compararlo con el del duque Rolando.

Las mismas palabras salieron de todos los labios.

— ¡Es extraordinario!

— Extraordinario de veras; — repitió mentalmente Chicot. — Y con éste son ya tres los que se parecen hasta el punto de poderlos confundir : el caballero de Arma y estos dos... Bernardo quería saber qué es lo que puede ocultar la mecha de cabellos que el duque lleva sobre la frente, y si no me engaño ese que dicen ser el bandido lleva una mecha idéntica...

Hundido en su butaca, cerrada como una silla de manos, el mago rojo contemplaba con avidez y alternativamente al prisionero y á Rolando.

Parecía hallarse muy agitado y hubiera podido oírsele murmurar :

— ¡El hombre de la cara robada!... ¿Cual de ellos

es? No lo sé; tal vez los dos. ¡Señor, Señor! Precisamente en el momento en que toco ya casi el objetivo de toda mi vida, vais á hacer que me pierda en el desierto de la duda... Tal vez Phtah ha tenido dos hijos... Pero no : no es posible... ¡Un hermano acusando al otro! Sería la primera vez que las fieras se devorasen entre ellas.

Sugeriale estas reflexiones la declaración de Rolando, quien como si contestase á lo que Chicot habíase preguntado mentalmente, decía con aplomo imperturbable :

— Además, ese miserable lleva la audacia hasta el punto de peinarse como yo : no sé si por espíritu de imitación, ó por disimular alguna marca ó cicatriz que tal vez le afea. Ved, señores — añadió levantando sus cabellos — mi frente es tersa, pura. Veamos si puede decirse lo mismo de la suya.

También á este deseo del duque se dió satisfacción inmediata.

Y todos los allí presentes pudieron ver que en la frente purpúrea de Neré aparecía marcada en blanco una cicatriz sorprendente en forma de A.

— ¡Arma! — exclamó Matraca involuntariamente.

Nunca lo hubiera hecho.

— ¡A ver, ese hombre! acercaos, — ordenó el teniente de lo criminal — y decidnos lo que sepáis, pues á juzgar por vuestra traza socarrona estáis enterado de más de cuatro cosas. Ante todo, contestad : ¿formáis parte de la banda del prisionero?

— ¿Yo? — dijo el barbontano — ¡qué disparate!

— El tribunal no disparata, imbécil. Dadnos vuestro nombre y hablad con franqueza, si no queréis ser sometido al tormento.

Matraca palideció.

— ¿Mi nombre? — dijo con voz un tanto velada. — ¿Qué es lo que hago? Pues ya lo habría dicho si no me hablaran todos á la vez.

Enderezando su cuerpecillo rechoncho, continuó con cierto orgullo :

— Yo soy el barón Botan, escudero del Señor caballero de Arma...

— ¡ Ah! — dijo Chicot.

Pero Matraca continuaba :

— Esa cicatriz que acabamos de ver proviene de un golpe que mi señor dió á ese individuo con el pomo de su espada. Ello fué que, hace pocos meses, Sed de Sangre hubo de raptar á una noble señorita en el país de Agenais donde el señor caballero y yo nos encontrábamos entonces. El caballero de Arma que no es manco, como podría decirlo alguno de los presentes, se puso en persecución del bandido y de sus gentes, los alcanzó, salvó á la señorita, y dejó tuertos á todos los malandrines excepto á uno, al jefe, á quien puso en la frente el sello que está grabado en el pomo de su espada.

— ¿ Ese sello forma una A?

— ¡ Claro! La inicial de su nombre.

— Ahora lo comprendo todo; — exclamó Chicot. — Mi convicción es que tenéis en vuestras manos, señor Prevoste, al bandido Sed de Sangre.

El duque Rolando agradeció estas palabras con una sonrisa.

— Estoy satisfecho, — dijo luego — de haber logrado la identificación del criminal que por un fenómeno inexplicable posee un semblante idéntico al mío. Sin embargo, juzgo que lo hecho no es aún bastante. Y como ese miserable ha debido cometer más de una monstruosidad en nombre mío, os requiero, señores, para que por todos los medios á vuestro alcance le obliguéis á confesar sus crímenes.

La mirada penetrante del mago rojo parecía escurrir lo que pasaba en el cerebro del elegante cortesano; luego convertíala hacia Sed de Sangre, deteniéndola en él, como si contase las gotas de helado sudor que brotaban en sus sienes, y preguntábase indeciso :

— ¿Cuál de los dos es? ¿Quién de ellos es el hijo de Phtah la gipsia? ¿Cómo es que no habla ese desgraciado, y por qué el otro recomienda el tormento, como deseoso de que cante cuanto sabe, y aun lo que no sabe? ¿Serán extraños el uno al otro? ¿Serán de la misma familia? No, esto último no es posible; hay abominaciones que ni el mismo Satán es capaz de concebirlas... A no ser que eso de pedir la tortura no sea más que una comedia, un valor entendido... En fin, que no sé qué pensar ni qué suponer. ¡ Ah, si estuviera aquí Fiamma, y si yo pudiese dormirla! Unos cuantos segundos me bastarían para leer en esos dos cerebros como en otros tantos libros abiertos...

Obedeciendo una orden del teniente de lo criminal, el escribano habíase levantado y leía la lista intermi-

nable de los actos delictuosos que se imputaban á Sed de Sangre. Habiendo expuesto enseguida cómo habiase operado la detención, y la formidable defensa del criminal y de sus secuaces, defensa que estuvo á punto de generar un desastre público, terminó declarando :

— Como castigo á los crímenes probados, se impone la condenación de plano; conviene sin embargo y es de justicia oír al reo, acusado igualmente en nuevos testimonios de haber raptado á la noble señorita de Villanueva-Marsan haciéndose pasar á sus ojos por su prometido el señor duque de Saboya Nemours; de haber violentado á la noble dama Ayela de Givors, usando del mismo subterfugio por permitirselo un diabólico parecido; y por último de haber hecho uso del remoquete de Sed de Amor y haber mutilado algunos gentileshombres...

— Un momento, señor; — interrumpió Matraca. — En eso debe haber equivocación porque Sed de Amor es...

— ¡Silencio! — rugió el acusador, quien volviéndose hacia el preso hubo de añadir :

— Ya lo habéis oído. ¿Tenéis algo que replicar?

Sed de Sangre abrió los labios renegridos; pero lo que salió de aquella boca deformada fué una especie de lamento que nada tenía de humano.

— Es su sistema de defensa; — declaró el teniente de lo criminal.

Rolando triunfaba. Sus labios se crisparon con diabólica sonrisa, y simulando un acceso de noble indignación, interrogó con osadía :

— ¡Mi prometida, miserable! ¡Dime qué has hecho de mi prometida!

Demasiado sabía el monstruoso Caín dónde estaba Solange; pero su personal interés imponíale el deber de enredar los acontecimientos para hacer perder las pistas á las gentes de justicia, caso de que llegasen á encontrarlas.

También esta vez lanzó Sed de Sangre, lo mismo que antes, un grito inarticulado.

¿Comprendéis lo que quiere decir? — preguntó el gran Prevoste.

El teniente de lo criminal repitió :

— Es su sistema de defensa. No importa : como es preciso que hable para decirnos dónde se encuentran sus cómplices, propongo que, prescindiendo de los preliminares, se le aplique desde luego el tormento extraordinario.

Hubo una breve consulta entre los jueces.

— Puesto que ese hombre no se decide á pronunciar ninguna palabra inteligible — dijo luego el gran Prevoste — se impone en realidad la tortura.

— ¿Empezamos por los borceguíes ó por la estrapada? — preguntó el jefe de los verdugos.

— ¡No, no! Al caballete enseguida.

Apoderáronse los ayudantes de Sed de Sangre y lo montaron en un madero cortado en cuatro aristas, manteniéndolo en él de modo que una de éstas correspondiera á la entrepierna del reo; otros se ocuparon entretanto de atar á sus pies enormes pesos, hecho lo cual, y conseguido el equilibrio, abandonaron al paciente.

Entonces pudo verse cómo se producía fatalmente, lentamente, una especie de descenso del desdichado jinete, quien hacía esfuerzos desesperados para subir sus pies, sin poderlo conseguir por efecto del peso. El espectáculo era horrible. Parecía como si la cortante arista en la que cabalgaba aquel infeliz penetrase en sus carnes, hendiéndolas, separándolas con lentitud cruel é inexorable.

Así sucedía en efecto. Tuvo el reo de pronto como un sobresalto, oyéndose al mismo tiempo un crujido siniestro, y Matraca se tapó los oídos, después de cerrar los ojos, impresionado por los aullidos inenarrables del atormentado, cuyo descompuesto rostro expresaba la angustia de sufrimientos intolerables.

— ¿Qué dice? — preguntó el teniente de lo criminal.

— Nada: ó por lo menos nada comprensible; — dijo el escribano.

— ¿Está en peligro su vida?

El atormentador, que por razones profesionales tenía ciertas nociones de anatomía, explicó entonces:

— Señor, acaba de estallar el peroné completamente; está hendido el pubis y cortado el intestino, que sube hacia la pelvis empujado por el cuchillo de madera que ya estropea el sacro...

— Dejaos de palabrotas que no entendemos; — dijo el Prevoste. — Lo cierto es que ese hombre ya no se queja y eso prueba...

— Que se ha desmayado, excelencia. Sin embargo, puede quedársenos entre las manos de un momento á otro.

— Pues retiradlo, imbécil, y procurad que recobre el sentido.

Los ayudantes retiraron del potro á Sed de Sangre, colocándolo enseguida sobre un lecho de piedra. Una vez descalzado, acercaron un brasero á la planta de sus pies.

Enrojeció primero la piel, abriéndose después bajo la acción del calor. Entonces abrió él inmensamente los ojos, como si su sensibilidad protestase contra la atrocidad del remedio.

— ¿Dónde has ocultado á la señorita de Villanueva? — preguntó el Prevoste. — ¿En dónde se han refugiado tus cómplices?

El reo guardó silencio.

— ¡Indomable energía la de ese hombre! — exclamó Rolando.

— Ya haremos que se le acabe; — rugió el Prevoste, furioso al verse obligado á emplear los grandes recursos. — ¡A las tenazas!

En un periquete fué despojado el reo de la sobreveste y la camisa, y ya desnudo el torso, el verdugo atenazó los pechos con enormes tenazas enrojecidas al fuego. Corrió la sangre, y por la cámara esparcióse en un momento fuerte y desagradable olor de carne chamuscada.

Los testigos de la horrible escena contenían el aliento en espera de una palabra que el reo no pronunció. Su inverosímil resistencia, su fuerza de voluntad jamás superada, resultaban de todo punto incomprensibles para los allí presentes.

— ¡No hablará! decía el mago rojo más que nadie sorprendido. — Ese tormento es una abominación, no una comedia como yo creí al principio. Pero ¿por qué, Señor, por qué el falso duque parece tan satisfecho, y por qué se calla ese harapo humano?

— ¡Rayo del infierno! — gruñó el verdugo arrojando las tenazas para enjugar con el dorso de la mano el abundante sudor que regaba su frente. — Este animal es el diablo en persona, ó por lo menos su primo hermano... ¡Nunca he visto una cosa igual!

— ¡A las manos! ¡Pasad á las manos! — ordenó el presidente con voz mal segura.

— ¡Las manos! — exclamó Chicot. — ¿Pero no veis, señores, que están envueltas en trapos sanguinolentos?

El verdugo los arrancó con brusquedad. Entonces, todos, jueces, espectadores y verdugos, cediendo á una emoción violenta que no se tomaron el trabajo de disimular, miráronse unos á otros con estapor profundo.

A los ojos de todos aparecía, como testimonio irrecusable de un tormento anteriormente sufrido por el reo, el esqueleto de sus manos, cuyos huesos estaban apenas sujetos á los puños por ligamentos arrugados y viscosos.

Cosa verdaderamente extraña. Hubiérase dicho que el paciente experimentaba una especie de íntima satisfacción al percatarse de la sorpresa que tan inexplicable descubrimiento acababa de producir. Las dolorosas crispaciones de los músculos de la cara habían cesado, y su mirada hubo de fijarse con expresión de

orgullosa desafiando en la persona del duque Rolando que se acercaba hacia él.

No era el duque el único en acercarse. Una atracción invencible aproximaba del desdichado Neré á su abominable hermano, instrumento consciente de sus horribles mutilaciones; y solicitado asimismo por una atracción no menos fuerte, pero de finalidad muy distinta, el brujo berberisco de Enrique III acababa de mostrarse, abandonando su butaca cerrada, y adelantándose hacia el supliciado, rechazando á derecha é izquierda á los ayudantes, intimidados por su presencia inesperada.

Rolando era el único que por la posición que en aquel momento ocupaba no podía sospechar la intervención del brujo. Habíase inclinado en efecto, y contemplaba tranquilamente las mutiladas manos.

— Pues señores, — dijo luego girando sobre sus tacones — la cosa se explica naturalmente. Para mí es indudable que Sed de Sangre se quemó los dedos al prender fuego á las barcazas cargadas de paja.

— ¡Os equivocáis! — dijo una voz detrás de él. — El fuego no produce nunca, en ningún caso, esas lesiones. Las manos de este hombre han sido corroídas por un ácido.

Al decir esto, el mago rojo, oculto el semblante, como siempre, por un velo, alzabase amenazador entre el paciente y el duque. Este último, aterrorizado, iba á contestar. El señor de Estouteville no le dejó tiempo.

— Vos que lo sabéis todo, señor Mammouth — dijo con mal disimulada ironía — tratad de explicarnos porqué se obstina el reo en guardar un silencio tan

estúpido como incomprendible. Digo, si es que podéis hacerlo.

— Puedo hacerlo; — afirmó el brujo.

— En ese caso, hablad.

— Si este hombre no declara, es porque le es de todo punto imposible responder á vuestras preguntas.

— ¿Quién se lo impide?

— ¡Esto! — dijo el mago rojo abriendo la boca de Neré y mostrando un agujero negro, en el que advertíase la ausencia de la lengua.

— ¿Quién ha podido hacer eso? — rugió Chicot.

Y el mago rojo contestó, con calma:

— El mismo que ha quemado los dedos; un hombre que tenía interés en reducir al silencio á este desdichado. Dios lo confundirá cuando suene para él la hora de la expiación.

Ninguno de los presentes, absortos al oír las palabras del mago, pudo ver el rayo de cólera que se desprendió de las pupilas del duque.

Hacíase imposible continuar el tormento. Sin embargo, como era necesario dar satisfacción á la opinión pública, decidióse en el acto que el reo, á lomos del mulo de Matraca, por serle imposible tenerse en pie, sería conducido en el acto á la plaza de la Greve y enrodado vivo.

Pero poco después se produjo un acontecimiento que hubo de defraudar los malos instintos del populacho. En el momento en que Matraca salía del gran Chatelet conduciendo á su bestia por la brida, produjose un movimiento irresistible de la multitud.

Cuando los arqueros lograron rechazarla un poco y formar de nuevo, notaron con la consiguiente sorpresa, la desaparición del mulo y de su lamentable carga.

La horda de los bohemios de Phtah, llevábase en aquel mismo instante hacia el castillo de Chaumont, á Sed de Sangre libertado por ellos.